

FEYERABEND, P. K.: *Matando el tiempo. Autobiografía*. Editorial Debate, Madrid, 1995.

Desde niño Feyerabend estaba demasiado inmerso en sus cosas y mantuvo a su padre a cierta distancia. Tampoco se vinculó demasiado a su madre hasta que muchos años después de su suicidio, releyó una nota que ella había dejado.

Cuando contaba pocos años nada era capaz de sorprenderle, daba por sentado que el mundo es un lugar extraño lleno de hechos inexplicables. La imaginación hace reales las cosas mágicas, más tarde la magia permanece aunque se percibe como ficción. Con los años el misterio desaparece y sólo queda la vulgaridad cotidiana.

En su adolescencia comenzó su pasión por las historias en las que suceden cosas interesantes de forma rápida y colorista. Esta preferencia le llevó a amar el teatro y las novelas en las que todo se subordina a la acción. La filosofía llegó de forma accidental cuando compraba lotes de libros de segunda mano, buscando novelas o teatro, venía en cada lote algún libro de Platón, Descartes o Kant. Comenzó a leerlos por una mezcla de curiosidad y deseo de recortar pérdidas, y no tardó en descubrir “las posibilidades dramáticas del razonamiento y me fascinó el poder que los argumentos parecen, tener sobre la gente” (pág. 31).

Un excelente profesor de física, Oswald Thomas, suscitó en Feyerabend un gran interés por la física y la astronomía. De él dijo que era elegante, tenía un acento encantador y un agudo sentido del humor. Poco después se dio cuenta de que no tenía talento natural para las matemáticas por carecer de la capacidad de encontrar las ideas que subyacen tras un cálculo complicado.

Pronto llegó también el canto. Comenzó en un coro organizado por el profesor de música de su instituto y percibió su facilidad para aprender las arias y las partes operísticas de oído. De hecho, jamás aprendió a leer música. En esta época su plan era dedicarse a la astronomía teórica de día, al atardecer ópera y observación astronómica de noche. Pero su plan no tuvo en cuenta una contingencia: la Segunda Guerra Mundial.

Feyerabend comenzó a escribir esta autobiografía principalmente para recordar su época en el ejército alemán y la manera en que experimentó el nacionalsocialismo. Recuerda a Hitler protagonizando actos con una coreografía perfecta y aunque nunca fue puntual, hipnotizando a la gente con su voz. Para él la ocupación alemana y la guerra nunca fueron un problema moral sino un simple inconveniente; esto se observa en la motivación que se escondía tras su deseo de incorporarse a las SS que no era otra que el hecho de que un hombre de las SS tenía mejor aspecto que el resto de los mortales.

La responsabilidad presupone que se conocen las alternativas y se sabe como alcanzarla, pero no se intenta por cobardía, fervor ideológico . . . Feyerabend explica así su paso por la Segunda Guerra Mundial: “Gran parte de lo que sucedió sólo lo conocí después de la guerra (...) y los acontecimientos de los que fui consciente, o no me impresionaron en absoluto, o me afectaron de una manera aleatoria (...). Entonces no existía ningún contexto que les diera significado y ningún propósito por el que juzgarlos” (pág. 40). Años después dejó de sentir algo especial cuando sabía que un amigo era judío. Esto no era, en realidad, algo positivo porque es más humano tener sensaciones diferentes sobre rostros y grupos distintos que el habitual humanitarismo que margina todas las idiosincrasias.

A los 21 años era todavía virgen y muy ignorante. Pronto descubriría que la bala qué lo sacó de la guerra, además de obligarle a caminar con una muleta el resto de sus días, le había dejado impotente también para siempre. Otra secuela, esta vez temporal, fue el giro que experimentaron sus intereses. Abandonó la física y las matemáticas porque pensaba que la historia tenía más que ver con la vida real y le permitiría comprender el pasado inmediato. Pero no fue así y volvió a la física.

Creía que la ciencia era la base del conocimiento, y que lo que no era lógico o empírico, no tenía sentido. “Recordar hoy aquella actitud me da cierta idea del poder de los sistemas metafísicos” (pág. 69).

Un acontecimiento que marcó su vida fue la propuesta que recibió en 1948 para tomar notas en los debates de la escuela de verano de Alpbach. A cambio, la Sociedad del Colegio Austriaco le pagaría los viajes y el alojamiento. En Alpbach conoció a Popper, que le habló de música y lo presentó a Bertalanffy, Von Hayek..., rechazó un puesto de ayudante que le ofreció Bertold Brecht y conoció a Edeltrud, su primera esposa.

Como miembro del Círculo de Kraft (versión estudiantil del de Viena) logró que Wittgenstein acudiera a una sesión. También retomó sus lecciones de canto, activi-

dad que siempre le aportó más satisfacciones que ninguna otra: “Para mí, ningún logro intelectual puede dar las alegrías que proporciona el uso de un instrumento de esta naturaleza”(pág. 82).

En 1951 obtuvo el doctorado y solicitó una beca para estudiar con Wittgenstein en Cambridge, pero el filósofo analítico murió y decidió ir a Oxford, donde le esperaba Popper.

Bajo la dirección de Popper se dejó seducir por la falsabilidad aunque siempre tuvo la sensación de que el edificio tenía un problema en los cimientos. “Hoy, este episodio me parece una excelente ilustración de los peligros del razonamiento abstracto”(pág. 89). El peligro de este tipo de filosofías es que paralizan el juicio porque pierden el contacto con la realidad. Se supone que la filosofía no es como una pieza musical, cuyo interés se centra en sí misma, sino que nos orienta a través de la confusión y quizá proporciona unas pautas para el cambio.

*Aunque su percepción de las cosas sigue siendo inestable, se hace wittgensteiniano y comienza a cantar de nuevo.* Desperdicia su primera oportunidad como cantante profesional y rechaza un puesto de ayudante que le ofrece Popper.

Se inicia su carrera en 1955 en la universidad de Bristol. Este mismo año conoce a su segunda esposa, Mary O'Neill, a la que vio por última vez en 1956, momento en que recibe una invitación para pasar un año en Berkeley. Transcurrido el año se la contrató. “A menudo me he preguntado por qué tuve tal éxito. Mi labia fue sin duda importante. Pero al parecer las pocas cosas que había publicado fueron aún más decisivas (pág. 110)”.

Durante los veinte años siguientes se casó, volvió a cantar, adquirió y perdió cierta reputación como filósofo de la ciencia, consiguió trabajos, se encontró con la revolución estudiantil, compró un perro y tuvo tiempo para que Jung le echara un vistazo.

Imre Lakatos fue el que le animó a plasmar sus ideas por escrito. Ambos intercambiaban cartas sobre trabajo, achaques y broncas, y sobra las últimas idioteces de sus colegas. Feyerabend consideraba a Lakatos como una especie de racionalista que se presentaba cual caballero andante luchando en pro de la razón, la ley y el orden, “Todavía echo de menos a aquel individuo terrible, sensible, implacable, autoirónico, pero muy humano”(pág. 126).

Fruto de esos ánimos es el *Tratado contra el método*. Este libro es un collage escrito en un tono polémico porque la idea era que Lakatos respondiera después de un modo aún más agresivo, pero murió y la obra quedó inconclusa. A pesar de que la intención era escandalizar, con el tiempo, el autor se fue dando cuenta de que lo que allí defendió era algo más que retórica.

Muchas ideas que aparecen en el *Tratado contra el método* le fueron sugeridas en los veranos de Alpbach. Walter Hollitscher tardó dos años en convencerle de que la circularidad es virtuosa y no viciosa. En otra ocasión Phillipp Frank le comentó que las objeciones aristotélicas contra Copérnico coincidían con el empirismo, mien-

tras que la ley de la inercia de Galileo no coincidía. El año siguiente el historiador De Santillana presentó un gráfico en el que mostraba que la teoría de Copérnico tenía tantos círculos como la de Ptolomeo.

También se apoyó en los dadaístas, que revelaron lo inhumano de muchos pensamientos sublimes y destruyeron el lenguaje que permitía que todo esto se diera. Y, por otra parte, mostraron lo que se podía hacer cuando se lo empleaba de manera sencilla e imaginativa.

En el *Tratado* sugiere lo que luego desarrollaría en *La ciencia en una sociedad libre*, a saber, que la ciencia debería someterse al control público.

Defendiéndose de las acusaciones que le hacían científicos y filósofos cayó en una depresión que duró más de un año. "Escribiendo y reescribiendo tediosos capítulos sobre cosas tediosas perdí un tiempo precioso, que podía haber dedicado a tomar el sol, ver televisión, ir al cine o quizá, producir algunas comedias" (pág. 141).

En los 70 también cambió de lugar con una frecuencia agotadora. Pero los últimos y maravillosos diez años de docencia los distribuyó en partes iguales entre Berkeley y Suiza.

Feyerabend otorga una importancia excepcional a su encuentro con Grazia Borrini en 1983. Le sorprendió su deseo de ayudar a los demás por razones únicamente personales, y aún más su capacidad para trabajar en instituciones. Se casaron a comienzos del año 1989. Grazia le dijo desde el comienzo que descaba tener hijos y a él le pareció una idea descabellada, "pero me pareció comprender de modo indirecto e intuitivo lo que los hijos significaban Grazia y comencé a sentir casi igual que ella. Una resonancia emocional, no una percepción intelectual me convenció" (pág. 161). Sus problemas de impotencia unidos a una infección de próstata y posterior extirpación redujeron las posibilidades prácticamente a cero.

En marzo de 1990 dejó Berkeley y al año siguiente Suiza. Por fin había logrado realizar su sueño infantil de ser un jubilado. Ahora que tenía tiempo prometió a Grazia un libro sobre la realidad que llevaría por título *La conquista de la abundancia*. Iba a ser un estudio del papel de las abstracciones, basado en la perplejidad que siempre le produjo la creencia casi generalizada según la cual lo real no es el mundo que vemos y sentimos. Pero la muerte, como en otro tiempo la guerra, estropeó sus planes.

Feyerabend no rechazó la razón, sólo criticó algunas de sus versiones más petrificadas y tiránicas. Su crítica pretendía ser un comienzo de una mejor comprensión de las ciencias, el teatro, los acuerdos sociales, las relaciones entre individuos... A pesar de la idea común, lo simple nunca es verdadero y el bien y el mal no son tan fácilmente distinguibles como muchos creen. Aprendemos a rechazar las cosas cuando se nos ofrece un nombre para ellas unido a la apreciación de sus aplicaciones sociales.

En esta autobiografía rechaza el relativismo que había defendido antes, argumentando que las culturas interactúan, cambian y aprenden unas de otras. No existe

una separación tan radical como la que ciertas corrientes antropológicas han postulado. Una consecuencia política directa de esta postura es que la represión y el asesinato ya no deberían poder camuflarse bajo el concepto de “peculiaridad cultural”. La única solución a los prejuicios es una visión mas amplia.

La mayoría de las personas ponen distancia entra ellas y lo que les rodea. Feyerabend rechazó a sus padres y después huyó de relaciones que le implicaran demasiado. Pero al final Robin, su ayudante, Grazia y Spund, su perro, le enseñaron la importancia de la amistad y el amor. “Hoy me parece que el amor y la amistad desempeñan un papel sumamente importante y que sin ellos incluso los logros más nobles y los principios más fundamentales continúan siendo pálidos, vacíos y peligrosos” (pág. 166).

Paul Feyerabend no quiso ser un filósofo ni un intelectual. Fue una persona optimista, independiente, sincera, irónica, excéntrica, inquieta, escéptica y comprometida. El desco de sus últimos días, que recogen las últimas líneas de este libro, fue que no permaneciesen los ensayos ni sus aportaciones a la filosofía, sino el amor, que encontró como un regalo al final del camino.

Ana PILAR ESTEVE

BADIOU, Alain: *Deleuze —le clameur de l'Etre*, Hachette, Paris, 1997.

Una de las carencias básicas en el ejercicio de la filosofía a este lado de los Pirineos es la obstinada incapacidad que hemos mostrado para realizar comentarios de la propia producción filosófica que no pasen de la ridiculez autocomplaciente de la taxonomía más mugrienta y caduca, y la generalidad vacía del tópico. Eso es algo que nuestros vecinos del otro lado han superado hace tiempo gracias a una atenta labor pedagógica que encuentra en el comentario básico de texto su principal herramienta, y que conoce perfectamente de la exquisita paciencia que requiere el trabajo del concepto. Primero *debemos enfrentarnos* con los textos y el mapa que nos dibujan —y no debemos confundir esto con un necesariamente espúreo combate con la inquebrantable verdad de unos textos perennes. De su reposado estudio, del laborioso establecimiento de sus conexiones más simples, de la atención que mostremos sobre sus mecanismos de funcionamiento ordinarios, y de que esto lo realicemos sobre el mayor y más dispar número de textos, depende la simple posibilidad de comenzar una labor filosófica minimamente fructífera. En cualquier autor existe toda una arquitectónica del concepto y sus dinamismos propios que el estudiante debe aprender primero a descifrar, si se quiere a modo de simple gimnasia del pensamiento, para, una vez conocidas sus diferentes inflexiones y la variedad de sus tonalidades, proceder con el necesario rigor al establecimiento de los recorridos y la definición de los cortes más pertinentes o interesantes. No es una cuestión ni de virginal